

## Por encima de los fusiles\*

David Soto Carrasco

A propósito de A. TRAPIELLO, *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Ediciones Destino, Madrid, 2010, 631 pp.

Que el interés que despierta la Guerra Civil española no hace más que aumentar es un hecho. Son cientos los ensayos y las novelas que anualmente colman los estantes primero de las librerías y luego de las bibliotecas. A ellos se une esta reedición de *Las armas y las letras* de Andrés Trapiello, que vio la luz en 1994, y que posteriormente se reeditaría en 2002. Aquel «rpto» de tres meses en que escribió la primera versión se ha convertido en un cautiverio de 17 años en los que el autor ha completado el volumen con 450 fotografías, varias inéditas y algunas cuanto menos apasionantes, como una en la que Alberti en una dedicatoria de 1965 habla cínicamente (o no tanto) sobre la Guerra como la «belle époque». Además, Trapiello en la nueva edición revela a su lectores fragmentos del diario inédito de Rafael Cansinos Assens, una carta de Edgar Neville sobre el asesinato de García Lorca y un escrito de Rafael Sánchez Mazas a través del que por primera vez se conocen sus impresiones sobre su ejecución, aquella que daría lugar a la exitosa novela de Javier Cercas, *Soldados de Salamina*. También se completa el nuevo ejemplar con textos extraordinarios de Carlos Morla Lynch, diplomático chileno que llegó a Madrid en 1928, y que acogería en la embajada de Chile a casi dos mil asilados, entre ellos al propio Sánchez Mazas, y el recuerdo a los trabajos de la «liberal» Clara Campoamor entre tantos otros.

A lo largo de estos años, el libro de Trapiello ha sido considerado un «clásico de culto» y de referencia obligada para todos aquellos que se han acercado a este período de la literatura española. Sin embargo, el propio autor, ya en 1993, advirtió que «este no es un libro de historia. Si hubiese sabido uno hacer un libro de historia, lo habría hecho. Si hubiese sabido escribir un libro de crítica literaria, me habría puesto a ello con entusiasmo. [...] Para ser un libro de historia le faltan fechas; para serlo de crítica una visión de conjunto y

---

\* Este trabajo se inscribe en el marco del Programa FPU del Ministerio de Educación [AP2007-02918].

maneras que no tiene. Quizá, como la vida sea un híbrido» (p. 18). Ciertamente la obra del autor leonés es un híbrido, en tanto que es un ensayo. Y en tanto ensayo, trasiega brillantemente desde lo literario a lo político. Este «híbrido» esconde a no mucho rasgar una tesis política fuerte: que la guerra la hicieron dos minorías violentas (revolucionarias y/o contrarrevolucionarias), y que existía una tercera España mayoritaria, más o menos centrada, llamémosla «liberal», más o menos pacífica, que no quería la guerra. Dice el escritor en el prólogo a la segunda edición: «La tesis general de este libro y otros escritos que fueron apareciendo poco después es que aquella no fue una guerra civil entre dos Españas, como erróneamente creímos muchos durante tantos años, siguiendo la idea de hombres perspicaces como Machado o Unamuno, sino la determinación de dos España minoritarias y extremas para acabar con otra, la mayoritaria tercera España en la que podían haberse integrado gentes de toda condición, edad, clase e ideología, excluyendo de ella naturalmente a aquellas otras dos, la fascista, por un lado, y la anarquista, comunista, trotskista o socialista radical por otro, tratando de ensayar a toda costa aquí revoluciones que ya habían salido triunfantes en la URSS, en Alemania o en Italia» (p. 21). Este argumento se convertirá a lo largo de las más de 600 páginas de la obra en una reivindicación constante de Trapiello y el *motto* político de su propio ensayo, de su híbrido. En su opinión, la literatura de este período confirma la existencia de una tercera España «liberal», incómoda para las dos partes en conflicto, que nadie quería escuchar. En este sentido, el autor continúa con la hipótesis de Burnett Bolloten en su *The Grand Camouflage* de que la Guerra Civil española es consecuencia de dos revoluciones de signo contrario que se desarrollan al mismo tiempo «con idéntica determinación de victoria y exterminio» (p. 31). Así, el autor español bajo esta circunstancia admite que los «escritores fueron, en cierto modo, reflejo de lo que fue el país». Precisamente, entre los diversos casos que presenta el autor leonés nos habla de una María Zambrano en apuros, que tuvo que viajar a Cuba y a Chile por estar en peligro por haber «coqueteado políticamente» (p. 242) con falangistas como García Valdecasas en la creación del Frente Español<sup>1</sup> y que presuntamente había obligado a Ortega a estampar su firma en el manifiesto de la Alianza a punta de pistola, que según Trapiello, la malagueña solía llevar esos días (p. 95). Asimismo, nos habla de un Pío Baroja que se ofreció al mando de Salamanca y que 1939, asumiendo lo mal que habían quedado los del 98 publicó la obra *Comunistas, judíos y demás ralea* con prólogo de Giménez Caballero, que de acuerdo con el propio *Gecé* le facilitó la entrada en la España rebelde<sup>2</sup>.

---

1 Cf. A. ELORZA, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Anagrama, Madrid, 1984, pp. 214 y ss.

2 Cf. E. GIMÉNEZ CABALLERO, «Ledesma Ramos», *Razón española*, Madrid, octubre-noviembre, 1984, pp. 308-309.

Además, Trapiello nos relata las peripecias del «pequeño filósofo» Azorín, persona «de corte liberal» dentro de la derecha, que exigía en sus cartas de 1939 la reconciliación utilizando como autoridad de referencia a Canóvas, sin suponer qué lejos se hallaba la Restauración del proceso que se iniciaba con el general de El Ferrol. Los casos narrados o no por Trapiello en aquella perspectiva serían innumerables: Alberti, García Morente, Bergamín, Sánchez Mazas, Valdecasas, Ridruejo, Marañón, etc...

La hipótesis de que los escritores fueron reflejo del país es desde nuestro punto de vista cuanto menos preocupante, porque aunque tenga veracidad histórica convierte a los autores en «circunstanciales». De ellos no sabremos nunca con total seguridad si sus obras se asientan sobre el oportunismo o la propia coherencia. Estos hombres y mujeres saldrán continuamente al escenario público del libro o del periódico diciendo en todo momento lo que habrá que hacer, fuese en cada circunstancia una cosa diferente. El caso paradigmático sería Ortega, que llegará a interpretar la guerra civil como la consecuencia necesaria de la rebelión de las masas. El propio Trapiello recoge las palabras del filósofo madrileño en las que se aseguraba que: «El totalitarismo salvará al liberalismo destiñendo sobre él, depurándole, y gracias ello, veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios» (p. 95). Los textos que en este sentido podrían enumerarse serían considerables. También Unamuno, refugiado en el carácter salvífico de la intrahistoria apostó en un primer momento que «la espada limpia del general traería la paz y se sumó a la rebelión, incluso con alegría, al grito de «¡Viva España, soldados! ¡Y ahora, a por el faraón de El Pardo!»» (p. 51). Nuestro autor lo perdona sin embargo por el gesto ante Millán Astray en el Día de la Hispanidad o de la Raza. ¿Coherencia o personalidad de Unamuno? No lo sabremos nunca.

Pero volvamos a la tesis de Trapiello. Si seguimos su argumentación, la Guerra Civil española fue el enfrentamiento entre dos fuerzas que preparaban la revolución, ya sea internacional o nacionalista, o entre la revolución y la contrarrevolución. Lo que a su vez nos lleva a asumir una argumentación de mayor calado, que es que durante el período que discurre entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda, la violencia dejará de ser un instrumento (del Estado) para convertirse en la misma esencia de la política. En este punto, España no andaba muy lejos de Europa. La violencia será usada sistemáticamente por una parte de la sociedad civil que no acepta las reglas del juego democrático de la naciente sociedad de masas para subvertirla. La influencia de Sorel sobre la época es clara. La violencia política estará presente como Trapiello ha visto en ambos bandos. Largo Caballero, por ejemplo, declaró días antes del 18 de julio a un periódico en Londres, el *News Chronicle*: «La solución para España, un baño de sangre» (p. 80). La CEDA por su parte repartió octavillas en las que se aseguraba que la victoria de la izquierda en las

elecciones llevaría a «al armamento de la canalla, incendio de bancos y casas particulares, reparto de bienes y tierras, saqueos en forma, reparto de nuestras mujeres», palabras que tenían su correlato en frases como esta: «la revolución que queremos sólo se puede obtenerse por medio de la violencia» de Largo Caballero (p. 29). También Gil Robles «avisaba» que si no se revisaba la constitución en octubre de 1935: «Debemos fundar un nuevo estado, purgar la patria de los masones judaizantes [...] Debemos continuar con un estado nuevo, y esto impone tareas y sacrificios. ¡Qué importa si tenemos que derramar sangre! [...] Necesitamos un poder absoluto, y eso es lo que exigimos [...] Para llevar a cabo este ideal no vamos a malgastar más tiempo con las formas arcaicas. La democracia no es el fin sino un medio para la conquista del nuevo estado. Cuando llegue el momento, o el parlamento se rinde o lo eliminaremos»<sup>3</sup>. Así, no cabe duda de que para ambos sectores la Guerra Civil había comenzado ya en 1933. Guerra civil, que por lo demás y cómo ocurrió, sólo podía acabar en dictadura, ya sea de izquierdas o de derechas. Otro socialista, Araquistáin, desde las páginas de la revista *Leviatán* en una línea no muy distinta argumentó: «La guerra civil en que vivimos no se resuelve con componendas parlamentarias. El dilema histórico es fascismo o socialismo y sólo se decidirá por la violencia»<sup>4</sup>.

Entre estos dos frentes se encuentra como hemos señalado, según nuestro autor, una intelectualidad pacífica y liberal constituida entre otros por los Juan Ramón Jiménez, Machado, Campoamor, Jacinto Benavente —«Crean que por lo visto, que si paso a Francia, voy a hacer allí declaraciones contra todo esto, o que me voy a pasar a la zona fascista [...] pero si yo he sido toda la vida un liberal» (p. 421)—, Sánchez Albornoz —«Soy liberal, y por eso estoy aquí solo, pobre y viejo...» (p. 423)— y por supuesto Manuel Azaña, a quien el autor guarda un «deliberado lugar» en el último capítulo del libro. Para el escritor leonés, Azaña refleja el fracaso de la República, o más bien, el fracaso de esa España liberal que nos ha planteado. Como recuerda el autor, María Zambrano llegó a decir que Azaña se convirtió en lo que no quiso ser: un político. «Un político a medias» (p. 497) lo llama el propio Trapiello. En el fondo, un político sin vocación, «melancólico» que jamás comprendió lo que debía ser un Estado moderno —«Nada tengo que hacer en la vida pública. No es desengaño. De nada tenía que desengañarme. Me reconozco ajeno a este tiempo. Los hombres como yo hemos venido demasiado pronto o demasiado tarde. A no ser que nuestra inutilidad pertenezca a todos los tiempos, a todas las situaciones» (p. 493)—, y que se vio condenado al fracaso, a ser un mero literato. Trapiello que lo ha visto bien sabe que Azaña nunca quiso romper con

3 M. MANN, *Fascistas*, PUV, Valencia, 2006, p. 353.

4 L. ARAQUISTÁIN, «Paralelo histórico entre la revolución rusa y la española», *Leviatán*, tomo IV, n.º 20-26, enero-julio, p. 161.

las garantías liberales de la República, pero también ha visto que nunca supo como actuar políticamente y como gobernar aquel sistema.

En suma, a través del recorrido que el autor nos propone, se puede observar que aquella forma de gobierno llamada republicana careció del *ethos* republicano propio, como también del él carecieron la mayoría de sus intelectuales. Por todo ello, desde mi punto de vista, es necesario distanciarnos prudentemente del peso y del morbo que su historia produce y afrontar con trabajo responsable la construcción de un verdadero *ethos* republicano. En este sentido, la historia que Trapiello nos cuenta de los intelectuales de la II República, incluso la de esa «tercera España» extraviada, no puede ser la nuestra.